
TRADICIÓN Y CAMBIO

EN LAS FIESTAS RELIGIOSAS DEL AZUAY

SUSANA GONZÁLEZ MUÑOZ

En el mundo campesino tradicional, la fiesta religiosa es la expresión simbólica más fiel y completa de la vida social de la colectividad, y se relaciona íntimamente con su realidad socio-económica, política y psicológica.

La población de la provincia del Azuay, así como de la sierra ecuatoriana y de toda el área rural andina, es muy religiosa, por lo que gran parte de su acervo cultural está dirigido a la celebración de ritos y fiestas que expresan ese apego y necesidad del hombre de acercarse a lo sobrenatural, de mantener la armonía personal y social de la comunidad. El grupo se reencuentra, casi exclusivamente en las fiestas religiosas, pues la mayor parte del tiempo vive aislado, agobiado por la dureza de la vida. Muchas festividades nacieron dentro de contextos culturales campesino agrícolas.

A pesar de la gran importancia que tiene la fiesta religiosa para el campesino del Azuay, y de su sistema de valores apegado a las tradiciones culturales y religiosas, por varias razones, la mayoría de festividades han cambiado significativamente en la forma de organización y en su desarrollo. Pese a estas variaciones, la fiesta continúa, porque aún se presenta como integradora de la comunidad y anunciadora de esperan-

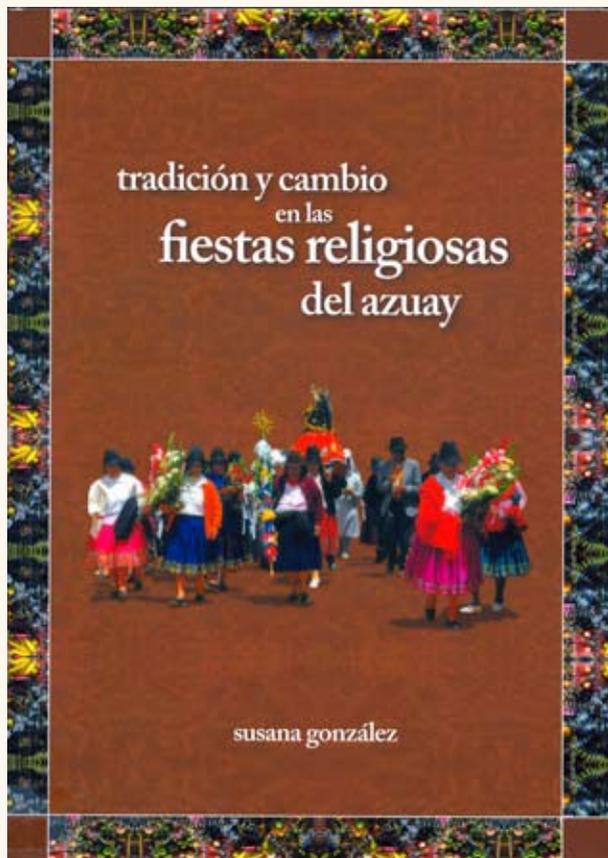
Las culturas campesinas, profundamente tradicionales, mantuvieron por siglos la aceptación de valores culturales y de formas de conducta establecidas como deseables, lo cual contribuyó al fortalecimiento de las instituciones sociales y religiosas. Sin embargo, como las sociedades no son estáticas sino dinámicas, y se proyectan hacia el futuro, en las últimas décadas se han observado modificaciones en el sistema cultural campesino, dentro del cual, la fiesta religiosa, su núcleo central, se ha visto influenciada también por estos cambios.

En el mundo campesino tradicional, la fiesta religiosa es la expresión simbólica más fiel y completa de la vida social de la colectividad, y se relaciona íntimamente con su realidad socio-económica, política y psicológica; por ello, es necesario estudiar la fiesta religiosa dentro de su contexto, ya que todos los patrones de conducta que integran un sistema cultural están relacionados entre sí, de manera que cualquier cambio en uno de ellos, induce generalmente a otros.

La población de la provincia del Azuay, así como de la sierra ecuatoriana y de toda el área rural andina, es muy religiosa, por lo que gran parte de su acervo cultural está dirigido a la celebración de ritos y fiestas que expresan ese apego y necesidad del hombre de acercarse a lo sobrenatural, de mantener la armonía personal y social de la comunidad. El grupo se reencuentra, casi exclusivamente en las fiestas religiosas, pues la mayor parte del tiempo vive aislado, agobiado por la dureza de su vida. Las celebraciones están íntimamente ligadas

con el calendario agrícola, ya que muchas de estas festividades nacieron dentro de contextos culturales campesino-agrícolas.

A partir de los últimos tiempos se han producido innovaciones significativas en la organización y desarrollo de las fiestas religiosas en las zonas rurales del Azuay, fenómeno que lo he venido observando desde hace algunos años, cuando realicé mi tesis de licenciatura sobre la fiesta religiosa del Pase del Niño en la ciudad de Cuenca, y que en estos últimos años se ha agudizado.



En este contexto, la investigación antropológica realizada durante los años 1985 a 1993, y que ha sido recogida en el libro que hoy presentamos, tuvo como objetivo principal determinar la sobrevivencia de rasgos tradicionales y los cambios operados y observables en las fiestas religiosas campesinas del Azuay. Con esta finalidad, y por carecer de un calendario completo de fiestas de la región, se propuso como primera tarea la elaboración de una agenda festiva que abarcó una amplia zona geográfica de la provincia del Azuay. Una vez establecido el calendario, fue necesario hacer una selección de las fiestas, partiendo de los siguientes criterios:

La importancia que tienen ciertas fiestas religiosas en la tradición litúrgica de la Iglesia Católica, como la Navidad, Semana Santa, Corpus Christi.

El valor que las comunidades campesinas atribuyen a algunas fiestas religiosas, generalmente patronales, a las que asiste un gran número de participantes.

La presencia de una nueva pastoral en algunas comunidades o pueblos.

La persistencia de una pastoral tradicional en varias comunidades.

Fiestas religiosas de lugares alejados de los centros poblados, sin vías de acceso y transporte, con poco contacto con el exterior.

En mayor número se estudiaron las fiestas religiosas de los centros parroquiales y cantonales, ya que son las que atraen a una gran cantidad de personas de la ciudad y de los anejos, especialmente a los romeriantes y migrantes y que, a su vez, presentan los mayores cambios.

Se incluyeron en el estudio las fiestas religiosas de algunas parroquias cercanas a Cuenca, con el fin de analizar la incidencia y el impacto que tiene la ciudad sobre los pueblos aledaños.

Se escogieron además las fiestas religiosas de algunos lugares en los que parte de su población se ha convertido al protestantismo.

De acuerdo a estos criterios, se registraron 531 fiestas en la provincia del Azuay, de las cuales se estudiaron 100 a profundidad. Los cantones de Cuenca, Gualaceo y Girón merecieron especial atención, porque, en el caso del primero, concentra a la mayor población de la provincia; del segundo, porque en él, la Iglesia ha trabajado mucho con la nueva pastoral; y del tercero, porque aún mantiene algunos elementos tradicionales en sus fiestas religiosas.

La observación personal y directa, y en algunos casos participativa, fue el eje central de la investigación. La entrevista informal fue la que mejor se adaptó a las necesidades del proyecto, sobre todo por ser la que menos resistencia provoca en el informante. Con la finalidad de lograr objetividad en el trabajo, se relacionaron dos clases de datos: una descripción de la situación tal como la ve el investigador, y otra, tal como la percibe el miembro de la comunidad, como verdadero protagonista de la fiesta. Las opiniones de los informantes fueron acumuladas orgánica y textualmente, y algunas de ellas constan en el libro. La información se complementó con el registro fotográfico de las fiestas.

Los resultados de la investigación de campo determinaron la imposibilidad de hacer una diferenciación y separación radical entre las fiestas tradicionales y las fiestas que han manifestado cambios, como estaba previsto al inicio de la investigación, pues todas, de alguna manera, presentan modificaciones significativas. Por esta razón, de-

cidimos más bien establecer una distinción entre las fiestas religiosas que más han cambiado, en contraposición con las que aún mantienen rasgos tradicionales característicos.

En cuanto a la estructura general del libro, el primer capítulo nos introduce en el tema a través de aproximaciones conceptuales sobre religión y cultura, así como del análisis de los elementos característicos del sistema religioso andino, de la aculturación y sincretismo en América, y de su influencia en la fiesta religiosa.

En el segundo capítulo, se presentan las características principales de la fiesta religiosa en las zonas rurales del Azuay, dándose especial importancia al calendario de las fiestas estudiadas.

Los capítulos tercero y cuarto están dedicados a la descripción de las fiestas, tanto de las más tradicionales, como de las que han ma-



*Fiesta de San Miguel de Rañas y de la Virgen del Cisne, Nabón
Foto: INPC*

nifestado cambios importantes, para que el lector pueda contraponer los elementos más apegados a la tradición con aquellos que han sido incorporados en los últimos años. Se continúa, en los capítulos quinto y sexto, con el análisis, por un lado, de las causas que han generado los cambios, y, por otro, de aquellos factores que, por el contrario, han permitido la continuidad de la fiesta y, en ocasiones, la han fortalecido.

Finalmente, se exponen las conclusiones de la investigación, las notas explicativas sobre algunos temas o definiciones de interés, un glosario de términos locales y coloquiales utilizados, y la bibliografía consultada.

Religiosidad popular

El libro examina algunas definiciones de Religiosidad Popular, entre las cuales sobresale la del antropólogo Marco V. Rueda, que la define como “aquel modo de ser religioso, más vivencial que doctrinal, un tanto al margen de lo oficial, nacido entre nosotros del encuentro del catolicismo español con las religiones precolombinas, y que es más vivido por la masa numérica del pueblo que por las minorías selectas religiosas”, hasta aquí la cita. Al afirmar que la religiosidad popular es más vivencial que doctrinal, el autor hace referencia al predominio de la forma en que se realiza el hecho religioso, más que al núcleo de fe; de allí que el carácter simbólico adquiera gran importancia en nuestro análisis.

Partimos del hecho de que la religión y la práctica religiosa se consideran un hecho socio-cultural que nunca se presenta en estado puro, sino unido a una realidad económica, social, política y vital. Y es precisamente esta perspectiva la que se aplicó en el análisis de las fiestas religiosas, concediendo mayor importancia a las manifestaciones paralitúrgicas antes que a lo teológico o doctrinal.

Así, se puede observar que los sentimientos religiosos de las comunidades estudiadas se expresan en forma intensa, individual y colectiva a través de la religiosidad popular, y de las fiestas religiosas como su máxima expresión. En los sectores populares urbanos, y especialmente en las zonas rurales, la religiosidad popular es un elemento de cohesión social del grupo, y es la fiesta su máxima expresión, la misma que es vivida por el campesino, como parte integral y compensatoria de su propia cultura. El símbolo, el mito, el rito son elementos muy importantes en el vivir religioso del campesino.

Entre las mayores motivaciones del campesino para asistir y participar en estas celebraciones religiosas, además de los actos de culto, se encuentra su carácter festivo y lúdico, ya que toda festividad religiosa es asumida como una diversión, a veces la única en el año, que



*Grupo de Mayorales en el Pase del Niño Viajero, Cuenca
Foto: Susana González*

atrae poderosamente. Solo en ella, el campesino puede ser él mismo, manifestar sentimientos y actitudes normalmente reprimidos. En ese día predomina el individuo sobre la colectividad, la misma que solo en esa circunstancia deja de ejercer presión y control social sobre sus conductas y excesos.

Como fuente de continuidad, las distracciones constituyen el centro de todos los festejos; relacionan a la gente entre sí, a la vez que permiten una auténtica manifestación de comportamientos y vivencias. La fiesta, con su dimensión eufórica de la existencia, constituye el momento y el espacio de liberación de la fantasía, de la transgresión. El campesino siente que las distracciones le pertenecen porque han sido preparadas por ellos y para ellos, y al transformar su conducta, da paso a la liberación, a la espontaneidad, al humor y alegría, rompiendo con ello lo cotidiano de la vida.

“Cómo no nos ha de gustar la fiesta, si es el único rato en que nos vemos todos, hacemos una broma, tomamos un traguito, nos enteramos de lo que le pasa al resto”, dice un anciano en Duc-Duc, cantón Paute.

Entre las distracciones a las que el campesino de las zonas rurales del Azuay otorga mayor importancia se encuentran los disfraces. Los disfrazados de viejos o abuelos, policías, curiquingas, osos, monos, perros, caballos, vacas y toros locos, entre otros, aparte de distraer la atención de la población, cumplen la función de ser un mecanismo integrador del grupo, de escape y desahogo individual y colectivo. Estos personajes logran distender tensiones entre hombres y mujeres, especialmente jóvenes, con el consentimiento y benevolencia de sus padres. Así, solamente en la fiesta, y únicamente a los disfrazados, se les permite hacer bromas picarescas a las jóvenes, quienes se sonrojan y divierten mucho con sus chistes.

La fiesta como mecanismo de unión familiar y social

“Yo no vengo solo por devoción, sino por ver a los parientes, amigos y sobre todo por sobresalir, por eso hice que mi hija lea la lectura en el Evangelio. Lo que realmente me interesa es sobresalir y si lo consigo, mis parientes me llenan de atenciones”.
(Prioste de la Fiesta de San Pablo, Jadán).

En las fiestas religiosas de la provincia del Azuay, igual a lo que ocurre en otras áreas culturales, el rango social y el prestigio se manifiestan a través de signos exteriores de riqueza. Así, el vestuario para asistir a la fiesta será el más elegante; los alimentos, animales y productos presentados como ofrendas serán muy adornados y atractivos; la comida y bebida ofrecida a los invitados será abundante. Todos estos elementos constituyen signos ostensibles de riqueza, que permitirá a los campesinos alcanzar un status social más elevado; por eso es que el empleo de bienes para fines rituales, y especialmente para el consumo ceremonial, figura entre los elementos más importantes de la cultura campesina, y se manifiesta con fuerza en la fiesta religiosa.

En una sociedad tradicional, la riqueza diferencial entre sus miembros es mal vista e indeseable, porque podría trastornar el equilibrio socio-económico del grupo; por ello, se buscan mecanismos de desprendimiento de los bienes excedentes, que en el fenómeno que analizamos adopta la forma de consumo ritual. Este es el caso de las personas que han emigrado a Estados Unidos y que regresan a su pueblo en calidad de priostes de las fiestas religiosas. Colaboran generosamente con los gastos de la fiesta para que esta se mantenga, exhiben ante sus familiares y amigos su progreso económico, y cumplen una promesa o “manda” que le hicieron a la imagen antes de viajar a Estados Unidos.

“Si no hubiera la fiesta, nosotros no regresaríamos a la tierra, porque vivimos 20 años en Estados Unidos, nos hemos acostumbrado a todo lo de allá, de acá no nos interesa nada, solo esta fiesta”. (Prioste que vive en Estados Unidos, Fiesta de la Virgen del Rosario, La Caldera, Sidcay).

Además del carácter integrador, jubiloso y de esperanza que representa la fiesta, los sentimientos religiosos de los campesinos se expresan a través de una actitud fatalista y resignada. Solo Dios puede resolver sus problemas. Se acude a la Virgen o a los Santos a través de ritos y ceremonias propiciatorias consideradas eficaces: pasar una misa, comulgar, patrocinar una fiesta religiosa con el fin de conseguir las bendiciones de Dios en los asuntos personales que no puede controlar o que implican riesgo: la salud, el trabajo, los negocios, etc. El campesino, por lo general, otorga valor a las cosas y servicios cuando tienen un precio, aunque sea nominal.

“Yo le ofrecí al Señor de Girón, que si me hacía llegar a Estados Unidos, le pasaría la fiesta, como Él cumplió, yo también cumpla la palabra que le ofrecí”. (Prioste de la Fiesta de Toros de Girón).

En esta esperanza de que Dios solucione todo, se encuentra algo de magia y de religiosidad utilitaria, que conserva tanto rezagos de las religiones prehispánicas, como de un mundo de supersticiones, heredado de los españoles, quienes también practicaban una religiosidad popular con muchos elementos conservados de las religiones paganas precristianas.

Factores de cambio

A pesar de la gran importancia que tiene la fiesta religiosa para

el campesino del Azuay, y de su sistema de valores apegado a las tradiciones culturales y religiosas, la mayoría de festividades han cambiado significativamente. Todas, en mayor o menor grado, presentan modificaciones en la forma de organización y en su desarrollo.

Una de las características principales de las fiestas religiosas más apegadas a la tradición, es que conservan el sistema de priostazgo. Los priostes son los principales organizadores y financiadores. En las fiestas que han sufrido modificaciones, en cambio, este sistema ha sido sustituido por un Comité de Festejos, Junta Pro- Mejoras, etc. Generalmente este hecho no ha nacido de la iniciativa de la población, sino de la orientación del párroco.

“Los Padrecitos nos dicen tantas cosas raras, que no sabemos qué hacer, pero el que está ahora, sí nos hace rezar y nos habla



*Baile del Tucumán en la fiesta del Señor de los Milagros Sígsig.
Foto: INPC*

de Dios, él si es católico, el otro si....qué también sería”.. (Jima, 1990)

En la mayoría de fiestas se mezclan elementos tradicionales, como: vísperas con quema de “chamiza”, fuegos artificiales y presencia de disfrazados, con otros números totalmente aculturados: orquestas con música rock y caribeña, discjockey, shows artísticos con vedettes, festivales de música y danza folklórica, etc. Esto es mucho más notorio en las fiestas religiosas de los centros parroquiales y cantonales, cuya población es mestiza y dedicada a los negocios, con mayor contacto con el exterior. En la mayoría de anejos y caseríos, en cambio, continúan realizándose las fiestas tradicionales.

Entre los factores que han provocado los cambios en las fiestas religiosas se puede constatar: la influencia de los medios de comunicación social; el acceso de los jóvenes a la educación, orientada hacia la secularización del saber y de la ciencia; la emigración; la influencia de la Iglesia, con su proceso secularizador y en ocasiones desacralizante; la acción proselitista de las iglesias protestantes, de las organizaciones campesinas, de los partidos y movimientos políticos.

Los jóvenes empiezan a considerar al mundo religioso tradicional como sinónimo de ignorancia, y sienten mucha admiración por el nuevo mundo del saber científico y técnico que desecha las viejas creencias. Este choque violento causa desconcierto y desunión dentro de la familia, con lo que se deterioran las relaciones primarias, así como los valores, creencias y prácticas religiosas y culturales. La aculturación y el interés demostrado por todo lo que está de moda y viene de afuera, le ofrecen al joven campesino nuevas expectativas y un esquema mental más abierto al cambio; sus nuevas motivaciones no serán entonces auspiciar una fiesta, cuyo gasto consideran inútil, sino educarse mejor, lograr un título académico, hacer dinero, casarse

bien, salir de su pueblo, etc.

Por otro lado, podríamos decir que la gente se vuelve más propensa al cambio cuando ha progresado económica y socialmente, y ha adquirido nuevos valores y formas de vida diferentes de las que tenía originalmente. En la provincia del Azuay, esto es muy notorio entre las personas que han emigrado hacia otras provincias y países, lo que ha llevado a la gente a desarrollar un mayor grado de receptividad cultural ante las nuevas experiencias vividas en los lugares de destino. Ello ha traído, a veces, un conflicto en el grado de adaptación



*Los disfraces atraen la participación de los jóvenes.
Fiesta de San Miguel, Paute. Foto: Padre Hernan Rodas*

y armonía de los valores tradicionales con los ofrecidos por otras culturas.

Adicionalmente, la conversión de muchos campesinos a nuevas religiones, ha dividido a algunas poblaciones en dos fracciones, con un sistema diferente de valores y creencias que ha impactado y causa conflicto en las relaciones interpersonales, así como en la estabilidad del sistema cultural campesino, siendo la fiesta religiosa, su núcleo fundamental, la que más se ve afectada.

Como se ha podido observar, muchos cambios ocurridos han sido impuestos desde fuera de la cultura campesina. En la mayoría de los casos, el párroco se convierte en el mayor agente de cambio. A su vez, el tiempo y espacio sagrado de las fiestas empieza a secularizarse, por lo que cada vez disminuye su número. Se imponen variaciones en las mismas, como es el caso de la eliminación de las procesiones alrededor de la plaza y calles del pueblo. El rediseño de las plazas impide la realización de actos rituales. El calendario festivo empieza a perder su dimensión sagrada. En el espacio sagrado del templo desaparecen imágenes y objetos. Con todo ello, el campesino se siente desorientado y desamparado, sin saber hacia dónde dirigirse, porque además, cada párroco que llega a su comunidad viene con ideas diferentes a las del anterior.

“No sabemos ya en qué creer, los sacerdotes y catequistas dicen una cosa, que los Santos no valen, que solo son de palo, que estábamos vendados y, por otro lado, están las creencias que nos dejaron nuestros mayores; francamente nos tienen muy confundidos”. (Devota del Patrón Santiago).

Símbolos y tradiciones religiosas, íntimamente ligados a las vivencias personales y sociales, son rechazados por la mayoría de sacerdotes, sin que el pueblo acierte a entender la causa. El desalojo y pérdida de identidad y pertenencia a los elementos simbólicos, característicos de la cultura campesina, ha dado como resultado que

muchos individuos pierdan la fe, porque su pueblo, su párroco y su cultura, no le ofrecen las respuestas que antes encontraban en la religión y en sus expresiones culturales. Estos vacíos los recompensa, en parte, visitando con devoción y entusiasmo los lugares de peregrinación, o cambiándose de religión.

A manera de reflexión final, podemos afirmar que a pesar de todas las agresiones externas que sufre el campesino, y de las variaciones importantes que han experimentado las fiestas religiosas en los últimos años, la fiesta continúa, porque aún se presenta como integradora de la comunidad y anunciadora de esperanza, alegría e identidad del grupo.

Valdría la pena detenernos a pensar en el respeto que se merecen las manifestaciones culturales y religiosas del campesinado del Azuay, porque no convendría que en nombre de una mala entendida superioridad y diferencia de intereses, se trate de imponerles modelos de vida y valores totalmente extraños a su realidad cultural. Respetemos su mundo, no forcemos cambios desde fuera, empecemos a valorarlo y a comprender que ellos son los verdaderos dueños de su sistema de valores, vivencias y creencias, y que las fiestas religiosas deben seguir, mientras quienes danzan festivamente su religión, así lo decidan.